

ct

# Un novio feo

de  
Cristina Colmena

*(fragmento)*

Pieza corta  
Monólogo para una actriz  
Publicada en revista Sibila nº39

Lo puse en el anuncio, en esa parte donde pones tus preferencias, edad, gustos, estatura, color del pelo... Yo puse feo. Lo quiero así. Un novio feo. Por el que no sienta celos cuando viaje, que no me moleste cuando mire a otra, cuando me llame desde la oficina diciendo llegaré tarde. En pocas palabras que no me guste. Puede parecerles raro, pero yo lo prefiero así, uno bien feo, gordo, calvo y a ser posible un poco bobo, que no sea de esos que encandile con la labia, o del formato gracioso; esos son los más peligrosos. En estos días que corren una no puede estar segura. Es preferible tener algo que no quiera nadie para que no te lo roben, que solo sea tuyo. Un feo bien feo.

Y de repente alguien contestó al anuncio, me mandó un mensaje sin foto, pero donde garantizaba nariz descomunal y dientes torcidos, un ojo bizco y calvicie incipiente. No me pude resistir. Le contesté que sí, que nos viéramos, aunque aún me quedaba el miedo a que fuera brillante o divertido y que no me sirviera. Le dije un sitio y una hora. Ningún otro había respondido, la gente tiene la autoestima por las nubes.

Esa noche nos vimos. Lo reconocí al instante, indudable aquella nariz con tamaño de berenjena en medio de la cara, la pupila desviada en el ojo izquierdo mientras el otro vigilaba la puerta, ansioso por verme llegar. Me acerqué sonriéndole. Le dije mi nombre y le di dos besos. Mientras hablábamos me fijé en esa boca llena de dientes esparcidos a puñados, como queriendo escaparse de las encías en desbandada. Esa boca que me sonreía, que parecía que yo le gustaba, que quería comerme. No mintió, era absolutamente horrible. Quizás podíamos ser felices.

Tampoco era simpático, ni inteligente, ni ganaba mucho dinero. Me dijo que al ver mi anuncio supo que al fin podría ser él mismo, que estaba harto de tener citas con gafas de sol, de llevar sombrero para esconder la calva, que apenas hablaba para no enseñar la dentadura caótica que a tantas mujeres horrorizaba. Cuando nos despedimos, me guiñó el ojo torcido. Aquello me enterneció.

Tras esa cita nos vimos dos veces más, y tuvimos que afrontar el tema sexo. Acordamos la luz apagada para el trámite, evitar los besos y que la empedrada boca se deslizara con cuidado por ciertas zonas, digamos, más delicadas. No me costó trabajo, estaba tan acostumbrada a hacerlo sola, que de repente era como subir en el ascensor con alguien más. Tú ya sabes a qué piso vas, a qué botón tienes que darle, él que se baje donde quiera. Si acaso intercambiar dos o tres frases mientras subimos piso, tras piso... por educación, ya se sabe. Él se bajó antes como era de esperar. Yo subí hasta la azotea.